

Salto mortal

MACDONALD HARRIS

Traducción de Íñigo F. Lomana

gatopardo ediciones 

Título original: *Mortal Leap*

Copyright © MacDonald Harris, 1964

© de la traducción: Íñigo F. Lomana, 2025

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

ISBN: 979-13-990310-9-6

Depósito legal: B-17714-2025

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A V. J. D.,
*que me enseñó todo lo que sé
de barcos y de mujeres*

¿Ama en verdad a una persona quien sólo se siente atraído por su belleza? La respuesta es que no, pues la viruela, capaz de acabar con la belleza sin aniquilar a la persona, destruirá el amor. ¿Me ama de verdad quien sólo aprecia mi sensatez o mi memoria? La respuesta es también negativa, porque cabe la posibilidad de que esas facultades se agoten y yo sobreviva. Si no está ni en el cuerpo ni en el alma, ¿dónde se encuentra entonces el yo? ¿Es posible amar el cuerpo o el alma al margen de todas aquellas cualidades que, al ser pasajeras, no constituyen mi yo? ¿Podemos amar la esencia de una persona, su alma, de forma abstracta, sin referencia a semejantes propiedades? Tal cosa resulta imposible y sería, además, injusta. Así pues, uno nunca ama a una persona: sólo se aman las cualidades que ésta tiene.

PASCAL, *PENSAMIENTOS*, VI:17

CAPÍTULO 1

.-- -- -- -- .. -- -- -- -- .. -- -- -- -- .. -- -- -- -- ..

Un filósofo francés —¿o fue tal vez un místico indio?— cuyo nombre he olvidado dijo que la atención es la forma de plegaria más elevada que existe, y estoy de acuerdo con él. Sólo cuando prestamos atención a los detalles insignificantes conseguimos reparar en las verdades más profundas y huidizas, en todo aquello que un ojo inexperto es incapaz de percibir. Si nos interesa el estudio de lo que antaño solía llamarse el alma, es preciso que nos paremos a observar la realidad con detenimiento, sin prisas, hasta que por fin veamos lo que se esconde bajo la superficie. La mayoría de la gente no sabe mirar así y, por lo tanto, sólo percibe el exterior de las cosas. Pero cuando aprendes a desarrollar ese tipo de atención, al mirar los objetos y a la gente que mejor conoces, descubres matices en los que no te habías fijado antes. Yo, por ejemplo, no me había percatado hasta hace poco de la arruga que tengo en el entrecejo. Me encontraba frente al espejo del baño y, tal vez por efecto de la luz que proyectaban los fluorescentes, de pronto reparé en ella: una especie de surco vertical que me atravesaba la frente, como una v muy fina dibujada a lápiz. Me pregunté si estaría volviéndome más observador con la edad. Ésa sí que sería una buena ironía. (Aunque no me cabe la menor duda de que el mundo es terriblemente irónico.) Sea como fuere, ahí estaba yo: delante del espejo, con los pies sobre una moqueta fucsia que costaba catorce dólares y medio el metro, sin poder quitarme de la cabeza esa sombra que me recorría

el ceño, como si fuese la marca de Caín. Era un comportamiento extraño, impropio de mí. En cualquier caso, ¿por qué me miraba en el espejo? Qué esperaba encontrar, ¿estigmas? Para eso habría tenido que quitarme la camisa. Y tampoco puede decirse que sea demasiado religioso.

Muy bien —me dije—, adelante: quitémonos la camisa. Y, ya de paso, también los pantalones. Vayamos a lo esencial, a ver qué nos encontramos. Y ahí, delante del espejo, apareció el yo, esa criatura enigmática, con todas las cicatrices del sufrimiento pasado visibles a pesar del moreno; la marca blanquecina del bañador, que se ajusta a su figura como un guante; esa otra sombra en la cara, más pálida que el resto de la piel, y esa línea como una costura fina que baja por la mejilla hasta la boca. Un cuerpo, en definitiva, que se había roto en mil pedazos y que unas manos hábiles y pacientes consiguieron reconstruir sin dejar más que una mínima huella. Me pareció que, de todas las cosas raras que tiene este mundo, ninguna ganaba en extrañeza a mi propia carne. La pared que tenía al lado, el mueble de acero que acababa de tocar, eran sólidos y resistentes; todo lo demás, sin embargo, me resultaba ajeno y me producía desconfianza. Me daba incluso la sensación de que podía derrumbarse con un simple golpe de viento. Qué extraño —me dije— que sea yo quien otorga realidad al mundo, a esos objetos que parecen tan sólidos: que todo eso esté en mi interior. Y con un escalofrío familiar, muy parecido a la brisa que desciende al atardecer de las montañas situadas frente a la costa, me asaltó la siguiente pregunta: ¿quién soy?

Porque lo cierto es que experimento las mismas dificultades que vosotros para responder esa pregunta. Detrás de las cicatrices, detrás de la marca del bañador, existe algo que incluso yo he olvidado en parte: algo escurridizo, borroso, el espectro de una identidad antigua. Hay épocas en que puedo pasarme semanas enteras sin reparar en ello; periodos en que todo me resulta cercano y reconfortante, y me imagino que siempre he sido tal y como soy en ese momento. Pero las sombras siguen ahí, y la pregunta que me hago es: ¿qué más da? ¿Acaso llevar un montón de

sombras dentro nos impide amar, dormir, alegrarnos o aburrirnos como la gente normal, como esas criaturas que no cambian en toda su vida y acaban asemejándose a un trozo de queso?

Por otro lado, ¿de verdad hay gente así? Nunca he entendido a los hombres de queso. ¿Quién no tiene en su interior una zona de penumbra que a veces se revela cuando te miras al espejo? Luz y oscuridad, todos estamos compuestos de sombras, como las figuras que aparecen en el cine. Mucha gente cree que la función de la cámara consiste en arrojar luz sobre la pantalla, y que la obligación de un narrador es prescindir de la cháchara e ir al grano, pero es importante también que existan las zonas de penumbra: de lo contrario no habría imágenes y las criaturas de la pantalla dejarían de existir. Asomémonos, pues, a esos espacios de sombra. Para poder apreciarlos, tendremos que rebobinar la película hasta que aparezca una de mis encarnaciones anteriores. Tengo veinticinco años y, aunque estoy un poco más delgado, se me ve más presumido y carezco de cicatrices y arrugas, mi aspecto es muy similar al de ahora. En esa imagen un tanto desvaída llevo una gorra andrajosa con galones dorados y soy el tercer oficial de máquinas de un barco que por simple estupidez fue hundido en las Islas Salomón en el otoño de 1942. El suceso no tuvo la menor relevancia histórica o militar: un buque comercial no pintaba nada en esa zona del mundo y, además, corría el año en que las cámaras de gas estaban funcionando a pleno rendimiento en Auschwitz. ¿Qué importancia podía tener el destino de una sola persona, lo que le ocurriese a un único montón de huesos, ligamentos, impulsos y sensaciones cuando estaban empleándose los métodos científicos más avanzados para exterminar a seis millones de personas? Desde un punto de vista objetivo, aquella distaba mucho de ser una desgracia significativa. Lo que ocurrió fue sencillo, casi banal: me quedé desnudo, mi vida se esfumó, perdí algunos jirones de piel, la mayor parte de mi ego y un puñado de ilusiones —como la fe en la excepcionalidad y la importancia cósmica de mi conciencia— y traté de seguir adelante desde ahí. Todo lo que quedó de mí fue una sustancia interior a la que no sé muy bien qué nombre dar. ¿El alma,

quizá? Ni siquiera los teólogos dan ya un centavo por el alma. Parece más sensato creer en fantasmas.

No quedó de mí nada más que eso, pero resultó suficiente; un hilo mediante el que conectar el pasado y el presente, la muerte y la vida. Eso fue, en todo caso, lo que vi el día que experimenté la epifanía, *satori* o como demonios queramos llamarlo mientras me miraba al espejo: bajo las cicatrices y el surco de la frente se ocultaban otros fantasmas más recónditos y huidizos. Ahí tenía la marca de cuando cometí asesinato y adulterio, de cuando traicioné a mis amigos o fui traicionado por ellos; y ahí la de cuando pasé la noche en un dormitorio ajeno, en un burdel, en una celda, en el ala psiquiátrica de un hospital. ¿A quién podría gustarle llevar escrito en la frente un registro completo de todos los lugares en los que ha pernoctado? Todos somos, a la postre, inocentes y culpables. Caminamos ciegamente en pos de nuestros pecados, y nada de lo que hacemos guarda relación alguna con aquello por lo que sufrimos. Nunca se hace justicia: el cosmos no es una compañía auditora. ¿Nos parecería más agradable si lo fuese, siuviésemos que pagar por todas nuestras culpas, hasta por la última injusticia que cometimos, la última relación adúltera que mantuvimos, la última mentira piadosa que dijimos? Será mejor que dejemos las zonas oscuras donde están.

Pero tampoco nos conviene deshacernos por completo de ellas. Flota un leve olor a muerte en todas partes; lo podemos percibir, por ejemplo, en las axilas de la mujer con la que nos acostamos, y ese tufo es lo que otorga a su sonrisa profundidad, hondura metafísica. Sé que esto no es científico; los químicos se afanan por elaborar desodorantes eficaces. Su causa me parece loable y les deseo mucha suerte. Pero también sé que, si alguna vez llegamos a crear un mundo sin sombras, que si los químicos, los científicos y los psicólogos consiguen abolir el miedo, el dolor, la soledad y la muerte, la vida nos resultaría tan insoportable que muchos acabaríamos saltándonos la tapa de los sesos de puro aburrimiento.

«Claro que sí —me diréis—. Y cuál va a ser tu siguiente ocurrencia, ¿reivindicar los procesos inquisitoriales y empezar a

quemar a la gente?» Pues no lo descarto, la verdad. Sin sombras no hay metafísica y sin dolor el deseo se extingue. ¿No os da la sensación de que, tras prender las hogueras, aquellos hombres y mujeres del pasado se sentían más vivos, hacían mejor el amor y saboreaban el vino con más delectación? Por quién me habéis tomado, ¿por un filántropo? Bueno, en realidad no tengo la menor intención de quemar vivo a nadie. Yo mismo he sufrido quemaduras: mirad mis manos.

Nunca, ni siquiera al principio, he sido un hombre de queso, y pasé mucho tiempo tratando de averiguar cuál era mi tara. Todo empezó en un pequeño pueblo del estado de Utah rodeado de montañas, donde el viento soplaba desde primera hora y sacudía los chopos frente a la ventana de mi cuarto. Era un lugar agradable, y nunca me cupo la menor duda de que el problema lo tenía yo por no ser capaz de encajar y ser feliz como los demás. Puede que algún día regrese y me detenga a echar gasolina, puede que me pase por el colmado del señor Feigel y por el palomar del señor Poulsen o por la cafetería donde cogí aquel autobús de línea; sí, tal vez vuelva a dejarme caer por ahí cuando tenga una larga barba blanca y nadie pueda reconocerme. Si espero lo suficiente, ni siquiera me hará falta un bigote postizo: el tiempo siempre acaba proporcionándote un disfraz convincente. Será interesante ver cómo está el pueblo, si sigue como lo recuerdo. No creo que haya cambiado mucho.

Desciendo de una estirpe de mormones honestos, gentes que intentaban compensar su profundo desconocimiento del mundo llevando una vida virtuosa. Por aquel entonces yo respetaba su rectitud, igual que ahora. Mis padres siguieron pagando religiosamente su contribución a la Iglesia durante la Depresión, se abstuvieron toda su vida de consumir alcohol, café o té y creían, con una fe firme e imperturbable, que los fumadores estaban condenados a arder en el Infierno. Cuando se me ocurría cuestionar alguna de esas creencias, como la que hacía referencia a la ingesta de café, se me remitía inmediatamente a la sección correspondiente de *Doctrinas y pactos*, conocida también

como *La palabra de la sabiduría*: un texto que en mi casa era de consulta tan obligada como la enciclopedia. Algunos mormones ponían en duda que *La palabra de la sabiduría* fuese fruto de la inspiración divina y sostenían que era un tratado de higiene compilado por John Smith (del tabaco se decía, por ejemplo, que resultaba nocivo para el ser humano, aunque se recomendaba su uso como emplasto para caballos), pero mi padre era obispo de su comunidad y sus opiniones tenían cierto peso. Él estaba convencido de que el libro era fruto de una revelación y, por lo tanto, en mi casa nunca entró un grano de café ni una hebra de tabaco. Cuando era pequeño, las revistas como el *Saturday Evening Post* —en las que era frecuente ver fotos de personas fumando y bebiendo café— me resultaban tan embriagadoramente fascinantes como una casba oriental, y solía quedarme embobado mirándolas, tratando de figurarme cómo sería disfrutar de esos vicios. El tabaco me lo imaginaba como un placer tenebroso, excitante y fálico, con un sabor similar al del incienso. «Cigarrillos Chesterfield, ¡qué gozada!», solían decir por la radio más o menos por la época en que tenía catorce o quince años y era un manojo de deseos insatisfechos. Cada vez que oía esas palabras, el corazón se me desbocaba.

Por aquel entonces yo ya me había dado cuenta de que era diferente, de que no me parecía en nada a todos esos primos fanáticos del baloncesto que se llamaban DeWayne, Lamar o Virl y que, después de irse de misión a Noruega o a Países Bajos, se casaban con alguna de las chavalas que habían conocido en las convivencias, se ponían a trabajar de comerciales en Chevrolet y tarde o temprano se convertían en obispos de su comunidad. ¿Cómo demonios se las arreglaban para hacer todo eso? Para ellos era pan comido, pero yo era un bicho raro, un engendro, padecía anomalías graves, como si hubiese nacido sin algún órgano esencial, y además carecía de la menor vocación de normalidad. Por fuera me veía como un chaval retraído y meditabundo, taciturno y ensimismado, y por dentro me sentía como una grotesca deformidad. Era evidente que de aquello no podía culparse a mis ancestros. Los mormones tienen su genealogía muy pre-

sente y yo conocía la mía al dedillo. Los Beale, la familia de mi madre, formaban parte de los primeros grupos de colonos que se establecieron en el valle; había un Beale Creek en las montañas y un pueblo llamado Beale's Mill unos cuantos kilómetros al este por la carretera que conducía a Heber. Por el lado paterno, mi linaje se remontaba al legendario Lorenzo Backus, un apóstol-erudito autodidacta que aprendió persa y hebreo por su cuenta, tradujo el Libro de Mormón al italiano y trasladó ochocientos catorce volúmenes, entre ellos un lote completo de las obras de Dante encuadradas en piel, de Misuri a Utah en una carreta y por el camino se las ingenió para asesinar a un montón de indios y vadear varios ríos sin que se mojase un solo ejemplar. Los libros se conservan en el Museo del Pionero, y en Temple Square, en pleno corazón de Salt Lake City, se levanta una estatua en honor de mi tatarabuelo. Cuando visitábamos la ciudad, a veces nos pasábamos a verla. El hermano Lorenzo, un gigante hercúleo vestido con una levita verde hasta las rodillas, contemplaba un libro con el ceño fruncido y un mohín de fastidio, sopeando tal vez cuál sería la mejor manera de traducir «sacerdocio de Melquisedec» al italiano. Sus ojos eran dos esferas de granito, tan impenetrables como las de los dioses griegos, y tenía un porte majestuoso y severo. A veces me entraban ganas de trepar hasta los brazos de la estatua para ver lo que ponía en el libro. Seguramente algo parecido a: «¡Hatajo de pigmeos! ¿En verdad sois vosotros el fruto de mis entrañas?».

Y sin duda se referiría a mí, a ese muchacho callado y sombrío al que le hacía falta un buen corte de pelo; a esa criatura depresiva, cubierta por el pálido velo de las cavilaciones.¹ Nunca se me pasó por la cabeza que pudiese existir relación alguna entre el amor por los libros y el impulso viajero de Lorenzo y mi extraño inconformismo; sólo muchos años después se me ocurrió que tenía más cosas en común con mi tatarabuelo de las que creía, que también él debía de ser un inadaptable cuando se escapó de

1. El autor alude aquí al *Hamlet* de Shakespeare, acto III, escena i. (*Ésta y todas las notas al pie son del traductor.*)

una granja en Tennessee para unirse a los mormones, que su familia debió de acusarle de lo mismo que me acusaba la mía: de ser un bicho raro, estar chalado, ser un cero a la izquierda. Es muy posible, por ejemplo, que además de mi tatarabuelo yo sea el único Backus que ha leído a Dante. Pero en aquella época, era incapaz de verlo así. Como a cualquier chaval de dieciséis o diecisiete años, me horrorizaba ser diferente. Aspiraba a ser como los demás.

Y, a medida que fueron apareciendo los engorrosos problemas de la adolescencia, fui volviéndome más y más raro. Cuando llegaba la hora de ir a misa solía esconderme en el palomar del señor Poulsen, y me guardaba el dinero del almuerzo para comprar las revistas guarras que vendían bajo cuerda en el colmado. El establecimiento estaba regentado por el único judío de todo Spanish Creek, un neoyorquino solitario con gafas que respondía al nombre de Feigel. Yo no sabía prácticamente nada sobre los judíos y tenía la vaga impresión de que el señor Feigel había inventado el erotismo, que ésa era la especialidad de su raza. El triste y cegato señor Feigel... ¡pobre hombre! ¿Echaría él también un vistazo a las revistas? Era viudo, había perdido a su mujer hacía años y no tenía hijos. Aquellas publicaciones tenían títulos como *Travesuras en lencería* o *Tentaciones ilustradas* y estaban repletas de fotos de muchachas exuberantes que jugaban al bádminton u otro deporte por el estilo dando brincos sin sujetador. Supongo que las publicaba alguien que sólo pretendía ganar algo de dinero y espero que se fuera de rositas: en mi recuerdo le tengo reservado un lugar muy especial. Esas revistas y el señor Feigel fueron mi primer contacto con una cultura distinta de la mormona.

A los dieciséis años más o menos realicé otro descubrimiento. Como el 85 por ciento de los adolescentes, había oído hablar de Krafft-Ebing y un día decidí pasarme por la biblioteca a ver si tenían *Psychopathia Sexualis*. Pero por alguna razón estaba convencido de que el nombre del autor empezaba por c y, cuando traté de localizarlo en los anaqueles, en lugar de dar con él me topé con Conrad. *El corazón de las tinieblas*: de todos los títulos

que vi en el estante, aquél me llamó de inmediato la atención. Me lo llevé a casa, lo leí sin llegar a entenderlo del todo y después me lancé como un poseso a por *Nostromo*, *Lord Jim*, *El negro del «Narcissus»* y *Un paria de las Islas*. No comprendía por qué Conrad me fascinaba así, seguramente porque se trataba del primer ser humano parecido a mí del que tenía noticia: un chaval del interior de Polonia que había sentido la necesidad de convertirse en dos cosas que no era, en marinero y en inglés. Leí todo lo que cayó en mis manos sobre él y sobre la vida en el mar. Me quemé las cejas estudiando los atlas y llegué a conocer Malasia, las Indias Orientales Holandesas y las Islas Salomón mejor que el mapa de Utah. Algo me decía que leer era un sacrilegio, un pasaje a la transgresión, a las tinieblas y al olvido; lo contrario de todo aquello que consideraba familiar y seguro: mi familia, mi acogedor hogar, mi cuarto con la colcha escrupulosamente doblada... Aun así, no podía parar. A la hora de dormir, leía *Victoria* bajo las sábanas, con una linterna. Apenas me entendía a mí mismo y de los libros sólo captaba la mitad. No conocía a nadie que se pasase las noches en vela leyendo; era como una enfermedad. Por supuesto, nunca revelé mis hábitos y nadie se enteró jamás de lo que leía.

Cuando mis padres, mi hermana Veronica y yo nos sentábamos a cenar, sólo se oía el tictac del reloj de la cocina y el tintineo de los tenedores al chocar con los platos. A mi padre le preocupaba la marcha de la ferretería o los asuntos del obispado. Las trescientas almas a su cargo y los veinte mil dólares en pomos, accesorios de baño y clavos cuadrados que tenía en el almacén no le dejaban demasiado tiempo para pensar en nosotros. Mi madre, sin embargo, estaba al tanto de todo. «Te dejas las zanahorias, Larry. No has probado bocado, Larry. Si sigues así, Larry, voy a tener que contárselo al doctor Nielssen.» No paraba de atiborrarme con aceite de hígado de bacalao y con unos reconstituyentes que me producían arcadas, sin lograr que engordase un solo gramo. Ella estaba anonadada: en su mundo, si tomabas aceite de hígado de bacalao, hacías ejercicio e ibas a las convivencias con otros muchachos devotos, tenías por fuerza

que crecer sano y feliz. Al otro lado de la mesa de la cocina podía ver el ejemplo de mi hermana Veronica, que devoraba cuanto le servían, tenía unas espaldas anchas y bronceadas y era mansa como un corderito. ¿Qué demonios me pasaba a mí? Una voz que parecía brotar de las paredes, de debajo de la mesa, de mi propio pecho me conminaba a salir pitando. Era un apestado y no tenía cabida en el pueblo de Dios. Y seguramente estaba loco, porque las voces no eran una simple metáfora: las oía de verdad. Resultaba evidente que en mi alma anidaban la corrupción, la maldad y la desobediencia.

No tenía a nadie a quien recurrir o con quien sincerarme. Además, ¿qué iba a contarle? ¿Que leía demasiado? ¿Que cada vez que intentaba conciliar el sueño, empezaba a oír el rumor de las olas en una playa de Java? Pasaba encerrado tal cantidad de tiempo que mi estado físico empezó a resentirse. Como obispo de la comunidad, mi padre estaba al tanto de los estragos que causaba el vicio adolescente y lo achacó al onanismo; mi madre, en cambio, lo atribuyó a un problema nutricional.

—El pobre no puede alimentarse de aire —oí que le decía a mi padre con tono lastimero—. Anoche se dejó el brócoli enterito.

Una noche, estaba yo leyendo *El intruso* bajo las sábanas, a pesar de que ya eran las once y hacía rato que debería haberme dormido, cuando el haz de la linterna adoptó de pronto un tono amarillento, luego se volvió de color naranja oscuro y acabó convirtiéndose en un pequeño puntito rojo. Al parecer, yo tenía una grave carencia de brócoli y mi linterna necesitaba pilas nuevas. Aparté las sábanas y encendí la lámpara de la mesilla para seguir leyendo. Media hora más tarde, mi padre vio la luz por debajo de la puerta. Al oír que se acercaba por el pasillo, me di cuenta de que era ya demasiado tarde para apagar la lámpara y, dejándome llevar por un impulso, tuve una reacción que entonces me resultó inexplicable y nunca he llegado a comprender del todo: escondí el libro de Conrad bajo las sábanas y saqué de la mesilla una de las revistas guarras que había comprado en la tienda de Feigel. Puede que se debiera a que en mi relación con Con-

rad había algo demasiado secreto y personal que no quería ver expuesto; prefería que me pillasen cometiendo un vicio común que incurriendo en una falta insólita y enigmática incluso para mí. Sea como fuere, el caso es que cuando mi padre me arrebató la revista, se encontró la imagen de una chica con unos pechos como cucuruchos de helado y un sombrero vaquero que tenía dibujada una sonrisa arrebatadora en los labios e intentaba echar el lazo a un ternero de manera muy poco convincente. Esa visión pareció causarle más perplejidad que indignación.

—¿En qué hemos fallado? —me preguntó con seriedad, como si realmente quisiera saber la respuesta—. ¿De dónde has sacado la idea de pervertir tu mente con semejantes marranadas? ¿Ha sido en este hogar? ¿En la iglesia? ¿En las convivencias? ¿Es esto lo que te dan para leer en el colegio?

No me atreví a abrir la boca. Lo único que se me pasó por la cabeza fue que nunca volverían a dejarme cerrar la puerta del dormitorio. Podría haber confesado con voz cavernosa que había comprado la revista en el colmado del señor Feigel. Si guardé silencio no fue por lealtad a ese tendero judío tan huraño que se pasaba el día detrás del mostrador para sacarse unas monedas, sino a causa del enorme vacío que me engulló, de mi incapacidad para expresar lo que sentía o para justificar por qué me había comportado así.

Mi padre se quedó al lado de la cama con la luz de la lámpara reflejándose en sus gafas. Al cabo de un rato cerró *Tentaciones ilustradas* y echó un vistazo a la portada. Cuando vio el precio, por fin se dejó llevar por un verdadero ataque de ira:

—¡Y encima cuesta treinta y cinco centavos! —exclamó con la voz entrecortada.

Estábamos en plena Depresión y aquello sí que consiguió sacarlo de sus casillas.

Estuve tendido en la oscuridad alrededor de una hora, acariciando el tipo de ensoñaciones al que todo adolescente de diecisiete años se abandona en situaciones como ésa: la cuerda que cuelga de un travesaño, la figura funesta que se balancea al amanecer,

el remordimiento de mis padres, etc. Pero sólo conseguí asustarme y, en lugar de coger la comba de mi hermana para ahorcarme, decidí escapar de Spanish Creek aquella misma noche. Esperé a que todo el mundo estuviera dormido y me puse a rebuscar en la cocina hasta que encontré en un tarro de la alacena el dinero que mis padres guardaban para la compra: poco más de treinta dólares en billetes y algo de calderilla. Pasé por la biblioteca para dejar en el buzón mi ejemplar de *El intruso y otros relatos* (mientras la estatua de Andrew Carnegie me contemplaba impasible) y a la una y media de la mañana cogí el autobús de línea que paraba junto a la cafetería de la autopista. Me acordé de la cantidad de veces que había oído ese autobús mientras leía a Conrad en la cama: el chirrido de los frenos, el silbido mortecino del pistón, las voces de los pasajeros, el ruido de la puerta al cerrarse, el petardeo cada vez más fuerte del tubo de escape a medida que el vehículo arrancaba y volvía a alejarse por la autopista... ¡pero en ese momento era yo el paria, el intruso, el viajero que se aventuraba en el corazón de las tinieblas! No tenía sueño y me acomodé al fondo, atento y solemne como un búho. Resultaba normal que me hubiese escapado de casa o que hubiese coqueteado momentáneamente con el suicidio; son ideas habituales a los diecisiete años. Lo extraño es que cuando monté en el autobús seguía creyendo en Dios (sigo creyendo en él, pero me refiero a aquel Dios vengativo de Moisés y de mi padre el obispo), y estaba convencido de que mis actos me condenarían de forma irremisible y eterna. Sin embargo, no tenía otra alternativa que marcharme: los demonios interiores se habían apoderado de mí. El problema no estribaba en que mi padre me hubiese sorprendido hojeando una revista que en realidad no estaba leyendo. Ya sabía entonces que eso no era más que una excusa. ¿Cuál era, entonces? No tenía la menor idea. Me limité a comprar un billete y a subir al autobús. Estaba tranquilo, casi contento.

Tuve que hacer transbordo en Salt Lake City a las tres de la madrugada, y mi destino quedó por completo sellado cuando compré dos cajetillas de tabaco en la estación. Una vez que plantas un pie en el Infierno ya no hay vuelta atrás. Me lo ha-

bían repetido hasta la saciedad: con el tabaco vendrían la apostasía, la blasfemia, el adulterio, el asesinato y, por último, la silla eléctrica. Abrí una cajetilla y encendí un cigarrillo con manos temblorosas, pero como no sabía hacerlo bien quemé parte de la boquilla. Un olor intenso y sensual, como a huríes y a odalisacas semidesnudas, me inundó la boca. Me puse a experimentar cautelosamente con el cigarro en el asiento del autobús y a expulsar nubes de humo simétricas por la nariz. Nadie me prestó atención. Mientras el autobús avanzaba traqueteando por Grantsville, Utah, apagué el primero y encendí otro.

Durante el trayecto a Oakland, que duró algo menos de veinticuatro horas, me fumé los cuarenta cigarrillos que había comprado, uno detrás de otro. Cuando cruzábamos las montañas, la boca me sabía a nicotina y tenía la visión nublada, pero pese al mareo y las náuseas seguí fumando, sintiendo un profundo desprecio byroniano por el abismo que se abría a mis pies. Aunque estaba solo, aterido de frío y a punto de vomitar a causa de los cigarrillos y la peste a sudor del autobús, me embargaba una extraña felicidad. En algún punto del valle de Sacramento, por fin me quedé dormido. Cuando desperté, el autobús se había parado. Nos encontrábamos en una estación y los demás asientos estaban vacíos.

—Andando, chimenea. Final de línea —me dijo el conductor.

Eran las doce de la noche pasadas. Salí de la estación y me interné en la ciudad. Todo me resultaba extraño e irreal. Hasta el aire era diferente; Oakland apeataba a agua estancada y a niebla. Estuve vagando por las calles cerca de una hora, contemplando el interior de diferentes antros y cafeterías y los letreros de neón rojo que colgaban de los ventanales. Los ojos me ardían de cansancio. Varios ancianos que apeataban a alcohol daban tumbos a mi alrededor como si fuera invisible. De los locales salían risas apagadas, música chabacana y un fuerte olor a fritanga. Llevaba casi treinta horas en ayunas, pero no tenía hambre. No sabía lo que quería. Tenía sueño, pero no me apetecía acostarme. Seguí caminando.